

Selene y su familia estaban de celebración por un acontecimiento sin duda relevante en la vida de la joven. Hoy era su dieciocho cumpleaños y, para la ocasión, habían preparado una gran fiesta donde no faltaba nada de lo que ella podría desear: su familia, sus mejores amigos, un escenario por el que más tarde irían desfilando los invitados para rendirle su particular homenaje, una zona chill-out, amenizada por un DJ de confianza, todo ello en un espacio elegido por ella misma dos años antes, cuando sus padres bromearon con la posibilidad de organizar tan importante hito y ella fue dando detalles de cómo sería su cumpleaños ideal. El día llegó y esa celebración soñada se hizo realidad y Selene pudo disfrutar de una inolvidable jornada.

Lo que sus padres no esperaban era que, terminada la fiesta, entre abrazos y cariños, ella los mirara fijamente a los ojos con expresión seria para comunicarles con la voz algo quebrada:

*-Padres, me marcho de casa. Es hora de que emprenda mi propio camino.*

Pero aún más inesperada fue la respuesta tajante de sus padres, en fuerte contraste con la actitud cálida que habían mantenido hacia ella a lo largo de toda la jornada festiva:

*-De eso nada, tú no te marchas a ninguna parte- dijeron casi al unísono.*

Selene quedó perpleja ante la reacción de sus padres, ya que, hasta ese momento, había gozado de libertad para tomar sus propias decisiones. Era evidente que sus padres no estaban preparados para afrontar la partida de su única hija, pese a la madurez y determinación que mostraba la joven, la cual había decidido marcharse a conocer el continente americano y -quién sabe- tal vez establecerse en él.

De repente, un dolor profundo le invadió el pecho ante la falta de confianza que mostraban hacia ella y, con la mirada encendida, les contestó:

*-Ahora estoy aún más segura de que deseo marcharme.*

A la desconfianza paterna se unió entonces un manifiesto enfado y, entre voces, comenzaron a interrogar a Selene: que desde cuando le rondaba la idea de marcharse, que a dónde pensaba ir, qué con qué dinero iba a mantenerse, que si tan mal estaba en casa...

El clima se hacía cada vez más tenso y Selene no estaba dispuesta a soportar más tiempo la escena, por lo que se acercó hasta su madre, la tomó de las manos y le dijo entre lágrimas:

*-Te pido que confíes en mí. Te escribiré.*

Su madre estalló en un llanto incontrolado, mientras veía a su hija marchar con paso firme y sin echar la vista atrás.

Entonces, el padre, le dijo gritando:

*-Tu abuela se está muriendo y te necesita.*

Selene escuchó las palabras de su padre y sintió cómo su cuerpo se paralizaba. Antes de girarse, pensó que tal vez se tratara de un mezquino chantaje. Pero su abuela había sido siempre su gran confidente y amiga, su guía, su cómplice, su gran apoyo y necesitaba saber si la noticia era cierta.

Selene se dio media vuelta e interpeló a su padre:

*-¿A qué te refieres?*

*-En la revisión de este mes le han detectado un cáncer y nos han dicho que...bueno...que...le queda poco tiempo de vida...”.*

Selene sintió el corazón a punto de estallar. La tristeza, la ira, la frustración se mezclaban en él: por una parte, su proyecto de viajar se frustraba, por otra, la idea de no estar al lado de su abuela en estos momentos era inconcebible para ella.

Sin pensarlo dos veces, salió corriendo en su busca. Necesitaba verla, saber cómo se encontraba, qué estaba ocurriendo...

Sus padres intentaron detenerla pero fue en vano...



Al abrir la puerta de casa de su abuela, sintió un palpito que le decía que tal vez no era una estrategia de su padre y algo grave le estaba sucediendo de verdad...Avanzó hasta la salita donde habitualmente se encontraba ésta y la halló sentada en su mecedora, los ojos cerrados y una bufanda a medio tejer entre las

manos...Aproximó la mano a su cara y notó que estaba templada y su respiración era regular. Sin pensarlo, la abrazó fuertemente y ella, sobresaltada, abrió los ojos para comprobar que era su amada nieta, su pequeña Selene convertida ya en una hermosa mujer. Con su característico humor, exclamó:

*-Llegas a ser un asesino y...¡Muerte asegurada!*

Las dos soltaron una carcajada. El cariño mutuo se revelaba en los ojos acuosos de ambas.

*-Abuela, ¿estás bien? Papá me contó...*

*-Sí, Selene, creo que ha llegado el momento...*

*-Pero...¿qué quieres decir?*

*-Pues eso, que el tiempo pasa, el cuerpo se resiente y...creo que será lo mejor para todos. Allí viviré tranquila.*

*-¿Allí? ¿Vivir? Ay, abuela, no entiendo nada...*

*-Pues eso, que he encontrado una residencia donde podré echar mis buenos bailes y tertulias con otras viejas como yo.*

*-Anda, abuela, te pregunto en serio, ¿qué te dijeron los médicos en la última revisión?*

*-Que no se explicaban cómo tenía esta salud de hierro a mi edad y que no les cabía la duda de que nadie lograría disuadirme de mi idea de irme a una residencia si se me metía entre ceja y ceja...*

En ese momento, Selene comprendió que su padre la había engañado. A la emoción inicial de rabia hacia éste por su estrategia tan miserable, le sucedió una profunda paz y alegría: su abuela seguía abrazando la vida y su proyecto de viajar no estaba frustrado, pese a la oposición de sus padres.

Fue entonces cuando Selene sintió la necesidad de hablar del asunto:

*-Abuela, ¿te acuerdas que te hablé sobre mis planes de marcharme a conocer mundo?*

*-Claro, Selene, lo recuerdo... y yo te dije que la propia vida no pertenece más que a una misma y que cada quien es dueña y responsable de sus pasos.*

-¡Eso!- Exclamó entusiasmada la joven.

-¿Qué es lo que te preocupa entonces?- preguntó la abuela con semblante atento y paciente.

-Mis padres no quieren que me vaya y...- Selene interrumpió su propia explicación al darse cuenta que revelarle la falsa noticia que su padre había usado como reclamo sólo traería sufrimiento e ira a su abuela. Así que decidió cambiar su discurso:

-y...pues nada..¡Que pienso seguir adelante con mi proyecto!- dijo con firmeza Selene.

-Te felicito por tu decisión. Has cumplido la mayoría de edad y tienes toda la capacidad para moverte sola por el mundo. Sólo te pido una cosa: que de vez en cuando me mandes alguna postal para que pueda presumir de nieta con mis nuevas amigas de la residencia.

-¡Ay, abuela, qué cosas tienes!- dijo Selene, y rieron -cómplices- nieta y abuela.

Tras pasar la tarde juntas, Selene se despidió de ésta. Sabía que no volvería a verla hasta pasado mucho tiempo, así que se detuvo para darle un largo abrazo, el cual su abuela aprovechó para introducir un pequeño paquete en el bolsillo de su nieta. Ella, que siempre había sido una persona muy sabia e intuitiva, conocía las intenciones que Selene tenía de emprender viaje cumplidos los dieciocho. Así que había preparado con esmero durante las últimas semanas algo que deseaba estuviera en su poder...Y, susurrando, le dijo al oído al tiempo que introducía el paquete en el bolsillo de su nieta:

-Selene, lleva esto siempre contigo. Tómallo con fuerza cuando la vida te presente una dificultad. Sentirás, entonces, la fuerza de todas tus ancestras. Estaré a tu lado para apoyarte en lo que necesites. Tomarás de ella la luz necesaria para alumbrar tu camino aunque se torne oscuro en algunos momentos. Úsalo y serás invencible.

Selene sintió de repente una sensación de que todo su cuerpo se llenaba de luz y de paz. Los ojos de su abuela reflejaban serenidad al tiempo que certeza y se sintió tan profundamente conectada a ella que supo, entonces, que su viaje no sería en soledad, sino acompañada de esa fuerza que su abuela reflejaba y ahora ella también sentía dentro más poderosa que nunca.



Selene había visitado todas las tiendas del aeropuerto dejándole esa sensación de vacío que se apoderaba de ella cada vez que era testigo del consumo superfluo, y aún quedaban por delante dos largas horas de espera hasta el momento de embarcar. Se sentó frente al cristal a contemplar la llegada y salida de otros vuelos mientras pensaba en la maravilla de poder volar sobre un avión suspendido en el aire a diez kilómetros de altura...En ese instante, recordó que el objeto mágico que su abuela le había entregado seguía en el bolsillo de su chaqueta. Ella le había indicado que lo usara en momentos difíciles, pero una gran curiosidad la impulsaba a abrirlo en ese instante.

Metió la mano en el bolsillo y extrajo el paquete: una tela estampada atada con una cuerda de cáñamo escondía algo que ella aún desconocía...

Miró a su alrededor para comprobar si alguien la observaba, y solamente vio a un niño jugando cerca de su mamá, que lo seguía con total atención.

Entonces, Selene comenzó a desatar la cuerda. Abrió la tela estampada para encontrar una segunda tela de terciopelo morado. Su curiosidad y emoción ante el misterioso objeto se hacía aún más intensa. Finalmente, al desplegar la última esquina de la aterciopelada tela, descubrió un diamante. Pero no era un diamante cualquiera. Era el diamante más brillante que jamás había visto, proyectándose en mil rayos de luz de todos los colores del arco iris. Sintió cómo esa luz le acariciaba el rostro produciéndole un agradable calor que iba, poco a poco, invadiendo el resto de su cuerpo. Después vino una sensación de ligereza. Todo a su alrededor se volvió blanco, experimentando un vacío. Un vacío donde nada faltaba porque todo estaba en él y cerró los ojos para sumergirse profundamente en esa vivencia de plenitud que nunca antes había sentido.

No podría decir cuánto tiempo estuvo así; tan sólo que, de pronto, una alegre algarabía le hizo abrir los ojos. Entonces, se encontró, de nuevo, en su fiesta de cumpleaños. O, al menos, eso es lo que creyó en un primer momento. Todos a su alrededor estaban felices festejando. Pero, de pronto, algo le hizo pensar que no se trataba de su propio cumpleaños: su abuela estaba en la fiesta y aparecía con un aspecto joven, de unos cuarenta años. Luego vio a su madre, hermosa, vestida para la ocasión con un largo vestido blanco...;Se trataba de su boda! El vestido no escondía su abultado vientre, donde una nueva vida estaba creciendo...una niña, según había escuchado en las conversaciones entre los invitados al convite...Pero...esa niña no podía ser ella, ya que su madre le triplicaba la edad. ¡Su madre había estado embarazada a los dieciocho! ¡Había tenido otra niña y nunca le habló de ella!

Selene quiso seguir observando detalles de la escena para así extraer más información de este gran descubrimiento pero, de golpe, la megafonía del aeropuerto interrumpió la experiencia al avisar del próximo embarque...¡Era el suyo! Mas, ¿cómo podía marcharse así?

Regresó recorriendo los largos pasillos del aeropuerto hasta el mostrador de facturación para recuperar sus maletas...El personal de la compañía le informó que su equipaje ya había sido trasladado al avión y le advirtió que si no se daba prisa, perdería su vuelo...Pero a Selene ahora una única cosa le importaba: regresar con su mamá para conocer la verdadera historia de su vida, para escuchar, de su boca, si había existido esa niña y qué había sido de ella.

Los minutos en taxi fueron los más largos de su vida. Luego en tren hasta su ciudad. Y, por último, en bus, hasta la esquina de su casa. No terminó de girar la llave para entrar, cuando la sorprendieron su mamá y su abuela, que la esperaban tras la puerta. Selene se fundió en un emotivo abrazo con las dos sintiendo un amor inmenso hacia ellas y de ellas. Se quedaron así, abrazadas en silencio, por unos minutos, hasta que su abuela pronunció unas palabras:

*-Selene, abriste mi regalo antes de tiempo...El destino ha querido que regreses. Tu madre y tú tenéis mucho de que hablar-* y poniéndose su abrigo, salió por la puerta.

*-Mamá...*

*-Sí, hija, tengo mucho que contarte, pero entra, pongámonos cómodas, la chimenea está encendida.*

Su madre preparó un té bien caliente y éste buen su relato:

*Hace justamente cincuenta y cuatro años, cuando la abuela hizo su mayoría de edad, decidió salir de viaje a recorrer el mundo. La idea de viajar sola en aquellos años era vista como una locura. Pero ella sabía que algo bueno le esperaba. Partió de viaje hasta Colombia donde conoció a tu abuelo, Luciano, en la ciudad de Medellín. Juntos se trasladaron a vivir a la región amazónica, al municipio de Leticia. Enseguida quedó encinta y nueve meses más tarde la abuela dio felizmente a luz a una niña, que es quien te habla. Mamá siempre me contó de aquel viaje y cómo conoció a tu abuelo. Pero no fue hasta mis quince años cuando me interesé por conocer más de la tierra de mi padre, donde ellos se conocieron y donde me concibieron. Entonces, descubrí que en los dos años que pasaron por esas tierras, mi mamá aprendió algunos ritos ancestrales y así mi propia concepción tuvo lugar como un acto sagrado en presencia de las mujeres más sabias del lugar. Desde ese momento supe que quería viajar a Colombia para conocerla. Mi madre quiso que esperara a los dieciocho pero un año antes yo decidí que estaba lista*

*para partir. Así fue cómo llegué hasta Puerto Leticia. Enseguida sus paisajes me cautivaron y lo que iba a ser un viaje turístico se convirtió en una estancia de meses. Las gentes del lugar me acogieron con gran amabilidad y cariño y comencé a trabajar en una tiendita del lugar. Allí conocí a tu padre, que había viajado hasta Colombia unos años antes, en una misión comercial. Era un apuesto joven de veinticinco, que planeaba volverse a España, pues su labor ya estaba casi concluida. Nos enamoramos a primera vista y volvimos juntos a España. Al regresar, tus abuelos estaban deseosos de recibirnos, y organizaron una gran fiesta. En ella les comunicamos que un bebé venía en camino, así que justo al mes, llegaría nuestra boda. Yo tenía dieciocho, él 26 y los dos mucha ilusión ante la próxima llegada de nuestra hija. Su nacimiento fue complicado pero, finalmente, todo salió bien y nuestra hija, Victoria, llegó a nuestras vidas envuelta en amor. Victoria fue cumpliendo años y, casi misteriosamente, a los dieciocho años de edad nos anunció que se marchaba a Colombia a conocer la tierra donde nos conocimos papá y yo. Por supuesto, entendimos su deseo y no pusimos obstáculo alguno. No podíamos imaginar lo que estaba a punto de suceder...El vuelo en que iba Victoria tuvo un fallo mecánico y cayó en el océano. No sobrevivió nadie...Fue un golpe muy duro. Papá y yo tardamos meses en reponernos. La abuela venía a visitarnos cada día, hasta que una mañana me dijo que venía a entregarme un objeto que aliviaría mi dolor y me llenaría de nuevo de ilusión. Entonces, me entregó el diamante, ese que tú ahora guardas. Sentí reconectarme de nuevo con mi amor profundo y mi vitalidad y en apenas unos días nos sorprendió la noticia de un nuevo embarazo. Esta vez tu concepción vino acompañada de una hermosa luna llena, de donde escogimos tu nombre: Selene, diosa griega de la Luna. Nuestra vida regresó a la calma y a la felicidad. El día de tu dieciocho cumpleaños, al terminar la fiesta, la noticia de tu partida, nos estremeció el corazón, al recordar de nuevo el miedo y la tragedia de tu hermana Victoria. Ahora que todo lo sabes, te pido disculpas por nuestra reacción y por no haber tenido el valor de contarte la historia de tu hermana. Tienes derecho a seguir tus propios instintos, a ir donde te lleve el corazón. Estamos orgullosos de ti. Tienes todo nuestro cariño y apoyo. El diamante te recordará la fuerza que habita en ti para hacer frente a los avatares de la vida, como hizo conmigo cuando perdí a tu hermana.*

Mi mamá y yo nos fundimos en un largo abrazo emocionado. Sentí una tierna compasión hacia ella, hacia mi papá, mi abuela y mi abuelo. Y sentí la magia de la vida, que, como ya hiciera con las otras mujeres de mi familia, despertaba en mi corazón, el deseo de conocer mis raíces, de viajar hasta el Continente americano. Ahora sí estaba lista para emprender mi viaje, más consciente, madura y confiada y sintiendo toda la fuerza de mi árbol genealógico.